Lengua y política en el Nápoles del siglo XVI

1. — Lengua y política.
2. — Arma imperial en el Nápoles de Carlos V.
3. — El cambio bajo Felipe II.
4. — Los planteamientos del siglo XVII.

1. — La historia del pensamiento político de los pueblos va ligada a la historia de la lengua y de las formas literarias. En primer término porque el decir es una de las maneras en que se distinguen unos pueblos de otros, es la faceta más brillante de la Tradición; las lenguas van formándose lentamente, a golpes de generaciones, al compás de los varios otros aspectos culturales; unos grupos van separándose de otros por el hablar que poco a poco ha ido configurándose en el quehacer humano característico que es la historia; en el idioma común a través del cual se entienden los hombres componentes de un grupo social se espeja el ayer trepidante de contrastes en la facilidad del entendimiento de hoy; al hablar del mismo modo y entendernos con idénticas palabras hacemos patente la verdad de que somos hijos del mismo ayer y herederos de una tradición común.

En segundo lugar, porque el florecimiento o la decadencia de un idioma suele ser el más claro índice del vigor o de la endebles de un pueblo. Es el idioma signo del imperio, sea éste cultural, económico o político. El modo de decir de los pueblos fuertes se impone por sí mismo, aun sin necesidad de violencias militares. El mundo clásico habló latín porque era la lengua de los dominadores políticos, y griego porque era la lengua de los dominadores culturales. El más patente signo de la hegemonía anglosajona lo tenemos hoy a la vista cuando al oír la radio o leer la prensa contemplamos la constante recepción de vocablos sustituyendo, cuando no alterando, los de nuestra propia manera materna. Dicese «aparente» por evidente, «eventual» por final, y otros disparates parecidos, señal de nuestra miseria y del apogeo «yankee» predominante.

En tercer punto porque la defensa o la renuncia de un idioma es símbolo de la decadencia de los pueblos. Los movimientos nacionalistas románticos se manifestaron antes que nada por el resurgir de las lenguas preteridas. Irlanda o Cataluña, Bulgaria o Croacia son pruebas concluyentes. Donde no se dio resurrección de un decir preterido es que el alma de un pueblo es ya yerto cadáver.

Tal proceso es el que, con la brevedad permitida por un corto artículo, quiero indicar en estas líneas.

2. — Con Carlos V, emperador y rey de Castilla, el rey de Nápoles es el más poderoso señor de la península italiana. Rey de Cerdeña y de Sicilia, duque de Milán y señor de los Presidios toscanos, en torno al trono de Nápoles giran cuantas señorías haya en Italia. Nápoles ocupa la capitanía política en manera indiscutible. Si hay alguna monarquía capaz de unificar a Italia es la del Rey de Nápoles.

La consciencia de semejante hecho, lo he señalado en otro sitio, fue borrar las viejas antipatías hacia Florencia o hacia Venecia, tan patentes en el siglo XV. «Aquel choque de expresiones ásperas que vimos campar en la edad aragonesa se trueca en la certeza de la supremacía napolitana. Ni Florencia ni Venecia poseen ya la categoría de rivales; son harto inferiores. Por mientes no osarán volver a caer sobre Trani o llamar al Turco, cual antes hicieran; antes se sentirán bien dichosas en seguir las directrices del Rey Católico. Victorioso Nápoles en la pugna por la hegemonía peninsular, siéntese lo bastante robusto para que sus reyes emprendan la empresa de unir Italia entera. El revuelo que la *Aretusa* de Bernardino Martirano despertó en Roma bien lo dice, igual que la idea de que el Reino se defendía en las guerras de Lombardía, de que el Milanésado era la frontera de Nápoles; y en la convicción de la victoria, fué lo bastante seguro como para iniciar una política italiana en la que Nápoles ostentará el cetro de la política dejando a la Toscana ser mo-

delo para la literatura. La hostilidad literaria al toscanismo fué arma de defensa de la personalidad del Reino de Nápoles en el siglo XV, cuando Florencia era rival en política; inferior Florencia en el siglo XVI, no habrá inconvenientes en reconocerla la superioridad de sus poetas o de su lengua incomparable. Por eso también el napolitanismo literario resurgirá cuando el Reino de Nápoles decaiga hasta tal punto de renunciar a la hegemonía en el siglo XVII; entonces otra vez el cultivo de la lengua napolitana volverá a ser arma defensiva cuando Nápoles pase políticamente a la defensiva. Es que el toscanismo de los literatos napolitanos a lo largo de la centuria decimasexta no constituyó signo de debilidad, sino todo lo contrario» (1).

Es que el napolitanismo militante sueña con unificar a Italia bajo el cetro del Rey Carlos de Nápoles, valiéndose de la lengua de Petrarca como de un factor de unidad que sirva a la intención política que sueñan.

En latín Camillo Querna, de Monopoli, había ya planteado la pretensión unificadora de Nápoles cuando en su *De bello neapolitano* advierte como el rey Carlos da ahora leyes a Italia entera, sellando de prudencia la boca de los viejos enemigos del Reino:

«*Hac lege, Italiae et cunctis timeatur in oris*» (2);

es la ilusión de que el César ligue a los italianos alrededor del Nápoles áureo y poderoso «*ut quantum pro tuo augendo Imperio itala virtus elaboraverit*» (3).

Es la aspiración de Bernardino Martirano, el cosentino secretario de Carlos V, cuando en la *Aretusa* sueña con una Italia unida, paralela corona a las de Alemania y España que ya ciñen la frente del Rey de Nápoles su señor:

«*il successor di Cesar, che la chioma di tre corone glorioso adorna*» (4),

los tres pilares de la resucitada Roma. Visión reiterada por el beneventino Giambattista Pino al narrar en *Il triumpho di Carlo Quinto* las huestes que marchan sobre Túnez (5). La misma idea que universaliza Luigi Tansillo al soñar la monarquía universal del Rey de Nápoles, para que bajo el cetro de Carlos V

«*e così sia nel Mondo, opra non vile, un Pastor solamente, ed un ovile*» (6).

En la política de la lengua, Fabrizio Luna piensa que el toscano constituya el arma unidora de Italia que el Rey de Nápoles era en lo político; en su *Vocabulario* pretende transformar a la lengua «*toscha*» en «*comune italiana*» (7). El calabrés Simón Fornari, enviado a estudiar filosofía a Pisa por el arzobispo de Reggio Agostino Gonzaga, postula elevar a Ariosto por canon literario equiparable al que suponía Aristóteles en la filosofía en su *Della esposizione sopra l'Orlando furioso* (8). El napolitano Be-

nedetto di Falco en el prólogo de su *Rimario* razona sobre la conveniencia de adoptar al toscano como lengua general, paralela al pretendido señorío del Rey de Nápoles sobre Italia (9).

Y que era arma política corrobóralo el desconocimiento que del toscano había en Nápoles. En una de sus cartas recalca Antonio Minturno como, puestos en semejante empresa, «*in Napoli non si sa la lingua nella quale s'ha da scrivere*» (10).

Es que en días de Carlos V la unidad italiana era concebida por los de Nápoles como tarea literariamente florentina y políticamente napolitana.

3. — Reinando Felipe II continúa en pie la pretensión unificadora de Nápoles con el consiguiente planteamiento de utilizar al toscano por elemento unidor de cuño literario al servicio de aquel afán político.

El dominico napolitano Reginaldo Accetto en *Il thesoro della volgar lingua* busca dar reglas ortográficas para esta lengua general de Italia; bien entendido que ya para él el toscano no es la base de la lengua común peninsular, sino el toscano elaborado por los escritores del Reino. Rechaza se llame a la lengua unidora toscana y pide sea denominada de otro modo, «*giá per comune chiamata*» (11). Valiéndose de argumentación que declara el alcance político de la empresa cultural que vengo señalando. «*Et si alcun volesse — dice — appropriar la volgar lingua ad alcuna patria, o particular luogho per cagion, che molti eccellenti huomini hanno scritto in lei, ampiando, e mostrando la sua eccellenza e vaghezza, qual piú felice, e glorioso nome potrebbe hauere, che chiamarla Napolitana? Perció che, dal tempo de' Napolitani Re, è stato rimato (non che scritto solo) in questa lingua dalli Napolitani, e Siciliani, e da nissuna città del mondo (non che d'Italia) ha havuta tanta gloriosa copia di scrittori vaghi, e eloquenti in prosa, e in versi, i quali, ... l'hanno annobilita, arricchita, e inalzata*» (12).

El que Reginaldo Accetto coloque a los escritores sicilianos al par de los napolitanos (y no coloca a los sardos porque el italiano era entonces en Cerdeña desconocido y extranjero), esto es a los súbditos de Felipe II, declara paladinamente la intención política que movía a toda esta falange de tratadistas: la unidad de Italia bajo el cetro del Rey de Nápoles. Tanto da llámela toscana o común vulgar; lo que importaba era encontrar un lenguaje capaz de forzar la unificación italiana, por supuesto que bajo la capitanía de Nápoles. La lengua una era un arma en la dilatación del Reino patrio hasta los confines en que pudiera ser admitida sin separos.

Por eso al final del reinado cambian las perspectivas del problema. Desde la rota de la grande Armada Invencible en 1588 ni el Rey de las Españas puede ya soñar con la monarquía universal, ni el Rey de Nápoles puede ya soñar con unir a Italia bajo su cetro. Al repliegue en el plano general va ligado el repliegue en el plano peninsular. Nápoles en Italia como las Españas en la Tierra pasan a adoptar actitudes defensivas. Ya los escritores regnicólos no postularán una lengua común arma imperial de Nápoles, sino que pasarán a defender la

propia en los dos puntos de rechazar al toscano y de afirmar al napolitano como lengua situada a la altura de la de Florencia. Al encogimiento en la política general va estrechamente pegado el repliegue en la política idiomática.

El aquilano Cesare Campana adopta por eso postura antitética a la de los escritores del tiempo de Carlos V. Ya el toscano no interesa como arma política, ya se ha desvanecido el anhelo de la lengua común que era instrumento imperial napolitano todavía en la séptima década del siglo. Ahora el toscano es peligro para el Reino, porque el Reino no está en condiciones de emprender la unificación de la península italiana. Léanse en sus *Rime* las posturas nuevas:

« *Ma chi t'obbliga a si fatta strettezza
dico poscia fra me; chi privilegi
diede a Toscana, di, tanta grandezza?
Una sola provincia dunque i pregi
otterrà, del parlar d'Italia tutta,
involandone altrui honori, e i pregi?
Misera Italia, or ben serua e distrutta
possiamo dirti, poi che poca parte
di te, far te procura infame e brutta.
Quasi il giuditio, la scienza e l'arte
e tutto quel di bon, ch'en la ciuile
vita possiede in un, Minerua o Marte;
hauesse a sottoporsi ad una vile
osseruanza del vulgo di Toscana
gracchia essa leggi, e tien'ogn'altra á vile;
ma ben fora di mente poco sana
chi cercassi á suoi scritti, con parole
di niun succo acquistare lode vana.
Che importa a me, s'il Fiorentin carole
d'i canti dice; o s'il pertugio o'l buco
piú ch'il forame essergli amico suole?» (13).*

En tales versos, enderezados a Filippo Caracciolo, marqués del Vico, campea el cambio de postura en lo idiomático, resultados del cambio de perspectivas políticas generales.

4. — A medida que, reinante Felipe III, avanza el proceso del repliegue político, se acentúa la afirmación de la lengua napolitana. Giambattista Basile toma por norte de sus afanes literarios la dignificación de la lengua del Reino propio. La divisa que se trazó es la que proclama desde las octavas reales del *Teogène*, estrofa 4 del canto VII; escribir

« *per serbar de la Patria il bel costume* » (14).

Era la nueva actitud: valorizar lo propio, defender la cultura napolitana, renunciar a la ahora quimera

de una lengua común como instrumento político. Giulio Cesare Cortese vale por una literatura entera en su declarado empeño de oponer una obra en napolitano capaz de parangonarse con las más preclaras escritas en lengua toscana. E incluso frente a la lengua castellana, señal de la personalidad cultural del Reino en el Nápoles hispánico. Los deliciosos cinco actos de *La Rosa, chelleta posellenesca, che no toscanese decerria favola boscareccia o pastorale, e se fegne ncoppa Posilleco* es réplica al *Pastor fido* de Guarini y en verdad que ciertamente no inferior. El *Viaggio di Parnaso* contesta a los *Ragguagli* de Traiano Boccalini y al *Viaggio* del perusino Cesare Caporali, amén de emular el *Viaje al Parnaso* de Miguel de Cervantes. El *Micco Passaro* responde a la *Secchia rapita* de Alessandro Tassoni. *Li trauagliuse ammure de Ciullo e Perna* hacen frente a *Los trabajos de Persiles y Segismunda* de Cervantes. El designio de Giulio Cesare Cortese es afirmar literariamente a Nápoles, emparejando su lengua a las dos entonces en boga: la castellana y la toscana. Quiso que sus obras, igual que las de los hombres todos del Nápoles hispánico, fueran un canto patriótico, un himno a las glorias del Reino, lo mismo que los gestos de aquel Micco Passaro que

« *mostranno a tutto ch'é napoletano* » (15).

En pareja línea el llamado Filippo Sgruttendio de Scafato polemiza contra el petrarquismo y en *La Tiorba a Taccone* pospone a Laura y a Beatriz a «la bella Zezzona» (16). Y Bartolomeo Zito, comediógrafo y poeta baja a la liza en defensa de *La Vajasseide* de Giulio Cesare Cortese contra los académicos Scatnati en un *Defennemento* donde consta mejor que en parte alguna el espíritu que animó a la generación primera de los clásicos de la lengua napolitana: dignificar al idioma, ensalzar sus orígenes griegos pulidos por el latín con la grandeza que en tiempos barrocos esta perspectiva suponía, recordar como fué ensalzada por Boccaccio y por Petrarca, demostrar las dotes que tiene para servir de instrumento literario, ponderar las riquezas del vocabulario espléndido.

He aquí sus palabras: «Chisto graziuso modo di parlare griego e latino duraie a Napole de lo Imperio de li Romane, pe fi a Costantino Mperatore; da dove po s'accomenzaie a corrompere pe tante puopole barbare che l'addommenanaro. Ma non resta mperró de concludere nfaore de la lengua nostra, che la Greca le fu la mamma, e la latina nutricia; e se chella la deze lo nascemiento, chesta la notrecaie; e sebbé la naziune che hanno abbetate a Napoli auteraro la lengua: non pe chesto se pote negare cho no l'aggiano acrecuta de le belle vuce lloro. Lo Petrarca e lo Boccaccio conoscenno li grannizze cose de la lengua napoletana, la venettero a studiare, e se n'abbalettero ntutte ll'opere lloro, commo fedene fanno cheste parole: Frate aggio, suso, scusa, contare, chieude, mamma, vé, voce ammozzata da vede, ed altre, ed altre che ped'autoretate avimmo portate dintro a lo Vocabolario nuostro. Addonca essenno tante le ggrazie, e privilegije de la lengua

napoletana, non saccio per chesto, comme le Segnure Accademmece Scatenati se siano arresecate a dicere tanta parola gnommeniosa contra» (17).

Es la postura defensiva de un Nápoles sin aspiraciones ya de capitanear a Italia. La que perderá en el resto del Nápoles hispánico y cuya figura más ilustre es el genial Giambattista Valentino en el donoso y ardiente parmo III de *La Mezacanna* al proclamar su orgullo «pparlá Napoletano» y declarar

«é pazzo chi parlare vó Ntoscano
quanno chillo Ntoscano non é nato» (18).

Duró hasta la derrota contada por Ferdinando Galiani en *Del dialetto napoletano* (19). Esto es, cuando el Reino de Nápoles perdía su espíritu propio invadido de una hegemonía extraña: la de la cultura francesa, simbolizada en lo político por los reyes franceses de la Casa de Borbón.

FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

(1) *Nápoles hispánico*. Madrid, Montejurra. II (1958), 180-181.

(2) *De bello neapolitano libri duo*. Neapoli, Joannis Sulzbach, Hagenovensis, Germani, et Mathaci de Causis Bionensis, 1529. Página 29.

(3) C. QUERNA: *De bello neapolitano*, I.

(4) BERNARDINO MARTIRANO: *L'Aretusa*. En *La seconda parte delle stanze di diverse autori*. Vinegia, Gabriel Giolito di Ferrari, 1563. Pág. 8.

(5) Napoli, Giovanni Sultzbach, 1536. Folio 16.

(6) LUIGI TANSILLO: *Poesie*. Londra, Gio Tommaso Masi, 1782. Pág. 102.

(7) FABRIZIO LUNA: *Vocabolario*. Napoli, Giovanni Sultzbach, 1536. Folio a 3 vto.

(8) Fiorenza, Lorenzo Torrentino, 1530. Dos tomos. Cita al I, 31.

(9) Napoli, Matthia Canze da Brescia, 1535. Folios b 2 - b 2 vto.

(10) ANTONIO MINTURNO: *Lettere*. Vineggia, Girolamo Scoto, 1549. Folio 18 vto. A Giovanni Vindiccioni de Lucca.

(11) Napoli, Giuseppe Caschi, 1572. Folio 18.

(12) REGINALDO ACCEITO: *Il thesoro della volgar lingua*, 16 vto - 17.

(13) CESARE CAMPANA: *Rime*. Verona, Girolamo Discipolo, 1588. Páginas 36-37.

(14) Roma, Pietro Antonio Facciotti, 1637. Página 106 a.

(15) GIULIO CESARE CORTESE: *Micco Passaro nnamorato*. Canto I, octava II.

(16) Editada por BERNARDINO RUSSO en *Il gran Cortese a la Tiorba a Taccone*. Napoli, Gennaro Gianini, s. a.

(17) BARTOLOMEO ZITO: *Defennemento*. En Giulio CESARE CORTESE: *Opere*. Napoli, Giuseppe Maria Porcelli, II (1783), 237.

(18) GIAMBATTISTA VALENTINO: *La Mezacanna*. Napoli, Giuseppe Maria Porcelli, 1787, página 117.

(19) Editado por FAUSTO NICOLINI. Napoli, R. Ricciardi, 1923. Páginas 196-198.

NOTIZIARIO

La Spagna ha mandato ai terremotati siciliani un ospedale da campo, plasma e materiali sanitari. L'invio costituisce un gesto molto generoso che ben corrisponde ai sentimenti di nobiltà, di umanità e di amicizia del popolo spagnolo verso l'Italia.

Inoltre la Cáritas Española ha rimesso, sempre per i terremotati siciliani, alla Caritas international la somma di 500.000 pesetas ed ha preso l'iniziativa di una colecta in tutte le diocesi spagnole, e all'apertura in banca di speciali conti intestati « Cáritas ayuda a Italia ».